



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Escárzaga, Fabiola

Reseña de "Los ritmos del Pachakuti" de Raquel Gutiérrez Aguilar

Bajo el Volcán, vol. 9, núm. 15, 2010, pp. 195-204

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28620211009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LOS RITMOS DEL PACHAKUTI
RAQUEL GUTIÉRREZ AGUILAR,
BAJO TIERRA EDICIONES/SISIFO EDICIONES/
ICSYH “ALFONSO VÉLEZ PLIEGO, BUAP,
MÉXICO, 2009, 384 PP.

Fabiola Escárzaga

El libro *Los ritmos del Pachakuti. Levantamiento y movilización en Bolivia (2000-2005)*, de Raquel Gutiérrez Aguilar, tuvo su primera versión como tesis de doctorado en Sociología de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, presentada en mayo de 2008. Pero la investigación que lo sustenta y el debate que en él se desarrolla son secundariamente académicos. No se propone hacer una contribución más a la teoría de los movimientos sociales; su horizonte es más amplio, busca contribuir a la comprensión de las recientes luchas sociales en Bolivia, como despliegue de los antagonismos sociales desde la tradición marxista. La decisión de Raquel de hacer el doctorado en la mencionada universidad surgió de la posibilidad de establecer un diálogo intelectual con el grupo de profesores y estudiantes del Seminario de Subjetividad y Teoría Crítica del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de dicha institución, uno de cuyos integrantes es John Holloway, asesor de la tesis, con quien Raquel Gutiérrez asume una cercanía teórica en algunos de sus planteamientos. Ese espacio académico ofreció un ambiente propicio para asentar esa reflexión desde la distancia que México significaba frente al curso acelerado de los acontecimientos en Bolivia.

La finalidad central del texto es participar en el debate desarrollado en Bolivia como resultado y contexto de ese proceso intenso de impugnación de la dominación, asumiendo su responsabilidad como la voz política y moralmente autorizada que Raquel representa entre los sectores organizados más radicales, para contribuir al esclarecimiento del proceso revolucionario

que se vivió y a las posibilidades de su continuación por parte de sus protagonistas, estableciendo las potencialidades de lo logrado en el proceso de insurrección en términos de la organización, las movilizaciones y los proyectos de transformación surgidos en él, así como la comprensión de las limitaciones que definieron el desenlace electoral del proceso, que en varios sentidos significó la suspensión del Pachakuti, de la revolución en curso y su captura por el momento estatal. Desde el inicio, el libro fue concebido como una aportación reflexiva a la discusión política en Bolivia, de ahí que su primera edición como publicación se concretó en La Paz, en agosto de 2008, y hay también una edición en Buenos Aires. Sus principales destinatarios son las mujeres y hombres, protagonistas de esta historia.

El libro es un testimonio de parte, identificado con uno de los movimientos que la autora analiza, la Coordinadora del Agua en Cochabamba, en donde tuvo una participación directa. Investiga también otros sectores implicados en movilizaciones y levantamientos indígenas y populares que tuvieron participación protagónica en el proceso de cerco al Estado neoliberal boliviano y que con su acción concurrente, alternada y no siempre coordinada, hicieron colapsar al sistema político boliviano vigente desde el restablecimiento de la democracia en 1982; un sistema excluyente de la participación política de los sectores indígenas y populares de Bolivia. Sistema político que la movilización social obligó a abrirse a través de la presión desde afuera a partir del año 2002, en un doble cerco insurreccional y electoral. Los otros movimientos abordados son el aymara en torno a la CSUTCB de Felipe Quispe, el de los cocaleros del Chapare, y los habitantes de la ciudad del Alto que participaron en la guerra del gas.

La autora asume una perspectiva militante, pero no en el sentido de la vieja ortodoxia marxista de acatamiento acrítico de una línea revolucionaria predeterminada y universalmente válida, de un sujeto revolucionario único y una forma de acción política única a través de un partido poseedor de la línea verdadera que busca tomar el poder para desde allí transformar la sociedad. Su sentido militante está marcado por su participación, entre 1984 y 2001, en la organización para la lucha y en el acompañamiento de los sujetos indígenas y populares, constituidos autónomamente desde su propia capacidad y voluntad de hacer una nueva forma de organización

social. Raquel toma una disposición de apertura para aprender de ellos su capacidad organizativa y voluntad de lucha, desde la convivencia cotidiana y horizontal en comunidades aymaras y en el trabajo organizativo, que fue facilitada por su condición de mujer sensible al ser y a las necesidades de los otros cultural y socialmente distintos y, probablemente, facilitada también por su condición de no ser boliviana, lo que le permitió distanciarse de la polaridad racista blanco-indio tan arraigada en ambos polos del conflicto social.

Esa praxis fue complementada por la decisión del colectivo que fue el Ejército Revolucionario Tupak Katari (EGTK) de enriquecer la teoría marxista desde la praxis de esos sujetos, sus identidades y formas colectivas de producción, convivencia y acción política, como recurso fundamental de su capacidad transformadora. Teoría crítica elaborada desde las necesidades de los sujetos populares concretos. Reivindicando siempre la capacidad y necesidad de pensar por cuenta propia, como queda plasmado en varias publicaciones colectivas e individuales previas a 1992. Leyendo el clásico *¿Qué hacer?* como una pregunta abierta que debe ser respondida en cada momento por los participantes en la lucha y no como una respuesta tallada en piedra y cristalizada en el tiempo.

En el libro se concreta el sólido proceso de formación teórica de la autora, no construido en las aulas o gabinetes de investigación, sino en el acompañamiento de los esfuerzos de reflexión y elaboración teórica de los propios sujetos indígenas y populares, desde la clandestinidad, la prisión y los espacios comunitarios, asambleísticos, deliberativos y organizativos en Bolivia. El rigor de la reflexión es producto de una disciplina de trabajo desarrollada por Raquel desde su juventud, formada desde la disciplina científica de las matemáticas, luego en la sistematización de las ideas que sustentaron la práctica política del EGTK, fundado en 1991, por ella junto con Felipe Quispe, Álvaro García Linera y otros más, dando vida a una novedosa y potente alianza guerrillera entre comuneros indígenas aymaras y quechuas, mestizos urbanos y obreros. Desde cuya perspectiva formularon colectivamente los pronunciamientos que presentaron los militantes indígenas de la organización en asambleas campesinas de organizaciones de las que continuaron formando parte, y también en los

debates con las formaciones de la izquierda mestiza boliviana, que desde sus marcos conceptuales y organizativos rígidos pretendían conducir las luchas del pueblo boliviano en esa etapa. Debatieron también con la emergente perspectiva multiculturalista que pretendía encauzar las demandas de los sectores indígenas y sus luchas en los nuevos marcos neoliberales concretados en las reformas constitucionales de 1994.

Disciplina de trabajo reforzada en la cárcel de mujeres de Obrajes en La Paz, a partir de 1992, cuando fue detenida y acusada de levantamiento armado junto con otros 16 integrantes del EGTK. En la cárcel, la mejor manera de soportar los cinco años de reclusión, además de mejorar las condiciones de vida mediante la organización como presas, fue continuar con el estudio de las condiciones bolivianas para la revolución y comprender las causas del fracaso de la experiencia del EGTK, entender las nuevas condiciones producidas por los procesos de reestructuración capitalista, marcados por la hegemonía ideológica neoliberal, el colapso de la Unión Soviética y el desprestigio de su modelo de socialismo, y sus efectos sobre los actores populares e indígenas y el sentido de los cambios en la estrategia revolucionaria que las nuevas condiciones exigían, base necesaria para la elaboración de la teoría crítica que guíe la acción política en los nuevos tiempos. Ese proceso reflexivo se concreta en el libro *Entre hermanos* (La Paz, 1995), que sería reeditado en México como *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social* (México, 2006). Como señalaban irónicamente sus compañeros de militancia, el régimen carcelario no era para Raquel muy distinto de los hábitos de estudio y trabajo autoimpuestos antes de este periodo en su vida militante. En la cárcel, Raquel recibió con entusiasmo la noticia de la rebelión zapatista con la que tenía puntos en común, como la alianza mestizo-indígena, la consideración de los campesinos indígenas como sujetos protagónicos de la lucha y la crítica a las concepciones de la izquierda tradicional. Experiencia que enriqueció su propia reflexión. De hecho, inicialmente la tesis planteaba la comparación de las experiencias boliviana y mexicana.

Al salir de la cárcel en 1997, esos esfuerzos de reflexión continuaron, por una parte en el ámbito académico en la Universidad Mayor de San Andrés, formándose y formando a nuevas generaciones de sociólogos

comprometidos con el proceso de transformación social, a través de grupos del estudio de autores como Bourdieu y Foucault y, sobre todo, a través del grupo Comuna formado por ella, Álvaro García Linera y otros intelectuales bolivianos no participantes de la experiencia del EGTK: Luis Tapia y Raúl Prada, con quienes publicó varios libros colectivos: *Las armas de la utopía. Marxismo: provocaciones heréticas* (La Paz, 1996); *El fantasma insomne. Pensando el presente del Manifiesto Comunista* (La Paz, 1999); *El retorno de la Bolivia plebeya* (La Paz, 2000); *Tiempos de rebelión* (La Paz, 2001); *Pluriverso. Teoría política boliviana* (La Paz, 2001); *Democratizaciones plebeyas* (La Paz, 2002). De esta etapa, debe destacarse el libro de Raquel Gutiérrez, *Desandar el laberinto. Introspección en la feminidad contemporánea* (La Paz, 1999) en el cual, desde la perspectiva teórica de Bourdieu, formula una propuesta feminista que recupera la experiencia vital de muchas de sus compañeras presas de diversos sectores sociales y étnicos, y la propia como mujer militante. Texto cuya reedición resulta imprescindible hoy.

Ya en México, a partir de 2001, Raquel cultiva la filosofía en sus estudios de maestría en filosofía en la UNAM, aunque siempre orientada a la indagación sobre la problemática social boliviana, mexicana..., en fin, latinoamericana, plasmada en diversos artículos. De manera que el soporte de su reflexión tiene dos pilares sólidos pocas veces conjugados: la militancia política que la dota de una visión estratégica y un compromiso, y una sólida formación teórica. Por esto no resulta desmedida la audacia del proyecto intelectual que se propone.

El libro *Los ritmos del Pachakuti* ofrece un seguimiento detallado y muy documentado de los procesos organizativos, las propuestas de acción y los fines de los que se dotaron esas acciones colectivas, expresados en documentos programáticos y en los puntos de vista de los participantes de base en los sucesos; acopio facilitado por la prolífica red de reciprocidades y hermandades, gracias a la comunicación virtual. Esto le permite conocer los acontecimientos y discusiones casi como si viviera allá, lo cual complementa con una rica base bibliográfica en sociología, antropología e historia de la producción local de conocimiento sobre Bolivia, de autores mestizos e indígenas como Zavaleta, Rivera, Tompson, Gómez, Patzi o

Mamani, para comprender a los sujetos cuyas movilizaciones analiza. Y, además, una exhaustiva bibliografía producida en torno a estos procesos.

De manera relevante, la autora aporta también una sistemática reflexión teórica, filosófica-política, sobre los caminos de la revolución en el siglo XXI que ella prefiere nombrar desde el término aymara *Pachakuti*, “la inversión del orden fundamental de las cosas” (p. 153), inaugurado por la experiencia boliviana a partir de 2000, no sólo para el país sino para los sectores populares en América Latina en general, en lo que ella denomina perspectiva de la emancipación desde un marxismo crítico, sustentada en autores como Ernst Bloch, Adorno, Benjamin, Horkheimer, Gilly, el ya mencionado Holloway, Tischler y Tapia, entre otros. Propone categorías propias para entender los procesos de emancipación.

Raquel ofrece una lectura propia de la etapa comprendida entre los años 2000 y 2005, debatiendo de manera central con sus cercanos compañeros de lucha, Felipe Quispe y Álvaro García Linera, el primero, como dirigente de los aymaras a través de la CSUTCB en el periodo de las movilizaciones, y el segundo, actual vicepresidente de Bolivia, partícipe del proceso de normalización estatal que representa para la autora la suspensión del *Pachakuti* abierto en la etapa anterior, en un debate que es de ideas y que pretende rescatar los sentidos profundos de ese *Pachakuti* desplegado por los sectores populares e indígenas de Bolivia.

Como la autora señala, el texto no es una historia del proceso sino la selección de los acontecimientos más relevantes y una interpretación de éstos, anudando la historia larga y la manera en que ella marca la acción de los protagonistas y sus fines en la coyuntura insurreccional del periodo. Además de estar muy bien escrito por combinar la descripción y el análisis, el relato tiene un ritmo intenso que envuelve la recreación del ritmo del *Pachakuti*, leído desde la perspectiva estratégica de la autora, con sus varios climas y sus declives que nos transportan a los espacios y tiempos rebeldes vividos por los bolivianos.

Es difícil sintetizar en pocas líneas los hechos y la propuesta interpretativa contenidos en el libro, sólo señalaré algunos de ellos.

La perspectiva de la emancipación que la autora desarrolla es definida como un conjunto infinito aunque discontinuo, cambiante e intermitente de

acciones colectivas de insubordinación, autonomía y, tendencialmente, de autogobierno y no como un punto de llegada o como la conclusión de un proceso acumulativo previo.

Los procesos de emancipación inauguran un espacio-tiempo distinto en los aspectos económico, social y político, en contraposición y fuga al orden del capital y del Estado, en los que prevalece: el asambleísmo deliberativo para la toma de decisiones, la horizontalidad como rasgo organizativo fundamental y la rotación como mecanismo para designar a quien debe realizar una función organizativa específica dentro del cuerpo colectivo en movimiento.

Tal perspectiva es formulada desde la certeza y la confianza en la posibilidad de autorregulación de la convivencia social más allá del Estado moderno, del capital y de los fundamentos básicos de ambos: la separación de la producción y reproducción de la vida cotidiana de las condiciones materiales de su realización y, por supuesto, de su conducción; la delegación de la soberanía social en representantes-“mandantes” como base la actividad política; y la subordinación a los opresivos límites del valor, de la capacidad humana de crear individual y colectivamente valores de uso y bienestar (p. 28).

Parte de la premisa de que, para transformar profundamente la sociedad no se necesita de nuevos y mejores proyectos de reconfiguración sintéticos que reemplacen al actual desde el lugar de emisión universal y afirmativo, lo que se necesita es construir y pensar maneras para desconfigurar permanentemente el orden instituido desde diferentes niveles y en distintas cadencias. Pero, eso sí, de manera expansiva y permanente aunque discontinua, es decir, pautando ritmos, generando cadencias.

Sobre cada uno de los sectores centrales del proceso, la autora analiza las condiciones particulares de su reproducción material que se sustentan en el caso de los regantes quechuas, los aymaras o los cocaleros, en formas comunitarias, en parte fundadas en tradiciones ancestrales, pero recreadas y adaptadas a las condiciones particulares de cada uno y mediadas por la tradición sindical, aunque con distinto énfasis, en el caso de los pobladores urbanos de Cochabamba o El Alto, también con formas comunitarias recreadas. Considera de manera fundamental las articulaciones construidas por

cada sector para constituirse en los fuertes movimientos que impugnaron el sistema de dominación en el periodo, y que en distintas modalidades lograron integrar sectores rurales y urbanos y elementos de clase media, a través de mecanismos variados, la figura de la coordinadora del agua o sindicatos campesinos como en el caso de los aymaras en la CSUTCB o las Federaciones Cocales, y sus respectivos partidos.

El abordaje de cada uno se hace desde dos niveles, el alcance práctico de sus luchas, que consiste en su fuerza material real, su capacidad disruptiva, su vitalidad interna para permanecer y avanzar, sus redes asociativas, su importancia en el conjunto de luchas. Y el otro nivel es el del horizonte interior que lee los desfases entre lo que se hace y no se dice, entre lo que se dice y no se hace, en lo que se exhibe implícita o explícitamente como deseo y como capacidad, es decir, el tipo de subjetividad que se produce durante los momentos de ruptura de lo cotidiano, de movilización y levantamiento, en los cuales se develan los horizontes utópicos, que más que registrables son perceptibles y formulables como hipótesis para continuar (p. 32).

En su análisis, los protagonistas de los levantamientos no son sólo los caudillos que surgieron, cada uno con grandes dotes para expresar las potencialidades y deseos de las bases que los erigieron en sus representantes, sino fundamentalmente las instancias comunitarias y colectivas habilitadas para la lucha, los hombres y mujeres que los construyen cotidianamente y luchan a través de ellos. La autora analiza las contradicciones que se expresaron entre el potencial transformador desde abajo que permitió el ejercicio fáctico de la autonomía y ambicionar una forma de organización de la sociedad fuera de los marcos estatales y lo instituido y el marco estrecho al que las estructuras sindicales y partidarias terminaron reduciendo esas aspiraciones.

En su análisis, la autora contrasta entre los horizontes nacional-popular y el comunal-popular, entre los que oscila el antagonismo social desplegado en esta etapa. En el primer caso se trata de la redefinición del vínculo entre el Estado y la sociedad que fue el eje de las luchas hasta los años ochenta, y que busca la inclusión económica y política de la heterogeneidad social en una totalización política abarcativa y tendencialmente

igualitaria, es decir, la aspiración social generalizada de dotarse de y representarse colectivamente en un Estado incluyente y democrático. La segunda consiste en la reformulación de la relación entre el gobierno y la sociedad, reconfigurando y renegociando los límites de la autonomía y de la desconcentración del poder, para establecer un pacto de convivencia admisible. En los momentos más intensos de la movilización, en particular entre 2001 y 2002, los tres sectores desbordaron la perspectiva nacional-popular y lograron conjugar la fuerza de sus luchas, que fue plasmada en acciones de ejercicio de autonomía a partir del control territorial y se expresaron en formulaciones como el Pliego Petitorio del Pacto Intersindical en torno al sector aymara donde se impugnó el orden político dominante, al proponer sujetar la posibilidad de mando de los de arriba, en relación con los recursos comunes, a las decisiones y aprobación de las autoridades comunitarias locales, o la postulación de maneras autónomas de producir la convivencia colectiva y de organizar la autorregulación política y ensayar a manera de apropiación de la riqueza común y de disfrute del excedente social más allá del Estado, de sus formas normativas y sus instituciones. Pero no lograron formas de expresión y comunicación comprensibles de ellas, más allá de indignas negativas de gran radicalidad, como guerra civil, refundación del Qullasuyu, reapropiación social de los bienes comunes, Asamblea constituyente sin intermediación partidaria. Faltó la formulación de algún dispositivo teórico y discursivo, más allá del pensamiento liberal, que permitiera abordar lo relativo a la equivalencia política de las diferencias. No llegó a formularse ninguna propuesta aceptable –y generalizada– de reconfiguración de un pacto de convivencia múltiple en clave no estatal. Se presentó la imposibilidad de clarificación práctica y conceptual de lo más novedoso que estaba siendo realizado en común.

Ambos horizontes no son completamente antagónicos, por ello se presentaron conflictivamente combinados en todas las fuerzas, bajo la forma de contradicción entre los anhelos más profundos de las movilizaciones, y los límites que los ceñían a lo que se entendía inmediatamente, como posible.

Dichos horizontes quebraron el paradigma liberal de forma contundente y abrupta, ambas formas de mirar y desear se interseccionaron y

confundieron intermitentemente, se fortalecieron mutuamente y, en otras, se confrontaron.

Raquel concluye que para pensar lo relativo a la emancipación se debe tomar partido por lo utópico, por lo porvenir, por lo todavía no formulado con claridad contra y más allá del límite de lo que se presenta como “posible” impulsado por el peso inerte del orden anterior (p. 349).

Aunque la tendencia que se consolidó en el proceso, a partir de 2003, fue la nacional-popular. Se puso en la mesa de discusión la posibilidad de alterar la realidad social de manera profunda para conservar, transformando mundos de vida colectiva y antiguos y para producir formas de gobierno y autorregulación novedosos y fértiles. Raquel sintetiza las ideas centrales de este camino en la triada: dignidad, autonomía y cooperación.

La experiencia boliviana exhibe la necesidad de profundizar en la comprensión de los rasgos antiestatales y anticapitalistas de tales acciones colectivas, así como en la reflexión sobre las maneras no estatales de autounificación social, esto es, de conformación de nociones incluyentes que aporten claves para generar figuras de agregación plural: nociones de múltiples nosotros más allá de la ilusoria unificación estatal.